

# EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.  
 Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.  
 Fuera de Barcelona: un año, id. . . 4 ptas.  
 Extranjero y Ultramar: un año, id.. 8 ptas

LA REDACCION Y ADMINISTRACION,  
**Calle de Fonollá, 24 y 26.**  
 Se publica los Jueves.

PUNTOS DE SUSCRICION.  
 En Lérida, Administracion de  
 El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º—  
 Madrid: Almagro, 8, entr. derecha  
 -Alicante: S. Francisco 28, dup.º

## SUMARIO.

¡ La voz de la humanidad!—Luz y tinieblas.—A las madres.—Pésame.—Pensamientos.

## ¡ LA VOZ DE LA HUMANIDAD!

Dice el gran escritor francés, el vizconde de Chateaubriand, «que la voz del hombre no se reanima como la del eco; éste puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, pero el sepulcro jamás responde.»

Sí responde, Chateaubriand, sí responde, la voz de la humanidad no se estingue nunca, si tu crees que el eco puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, la voz del hombre puede enmudecer centenares de siglos y responder á la evocacion de las almas pensadoras que se acuerden de las generaciones que pasaron.

¿Cómo tú, ¡gênio profundo! pudistes satisfacerte con esta efímera existencia? ¿cómo pudistes creer que en una tumba se encierra todo el porvenir del hombre? Porque si bien la religion católica le concede vida al alma, es una vida inactiva, es un estacionamiento *in eternum*, vegetar en el purgatorio, sufrir en el infierno, ó extasiarse en la gloria. Todo eso es poco para los hijos de Dios.

¡El hombre! ¡El rey de la Creacion! ¡El mensajero de la Divinidad! ¡El Mesías prometido! ¡El colonizador de los mundos, el sacerdote del progreso! ¡El que sirve de cáliz sagrado para guardar la hostia de la razon! El artista encargado de trasladar al lienzo los colores del arco iris, y la frondosidad de los bosques, el que le dá aliento al granito, el que convierte la electricidad en palabra, el que sujeta el rayo, el que sorprende los secretos de la luz, el que fotografía las montañas y los volcanes de otros planetas, el que penetra en el fondo de los mares á buscar los raudales de la vida, en el mundo microscópico, el que se enseñorea en el globo aereostático disputando su vuelo á las águilas pidiéndole á la atmósfera nuevas vias de comunicacion, el hombre, en fin, agente de la providencia, legatario de Dios, intérprete de sus divinas leyes, ¿ha de tener menos vida que todo lo creado? ¿ha de brillar un solo día y ha de extinguirse aquel fuego de la idea perdiéndose sus cenizas con el viento de los siglos?

Por qué, ¿qué vive el hombre en la tierra? menos que un segundo, en la niñez es su vida rudimentaria, en la juventud vive como las mariposas, cometiendo imprudencias continuamente, revoloteando en torno de las llamas de las pasiones, y solo la edad madura es el período sagrado en el cual el hombre sabe pensar, sentir y querer, y cuándo su voluntad la ha convertido en potencia, cuando es dueño de sí mismo, cuando principia á corregir sus defectos, cuando comienza á pensar en

Dios, su cuerpo languidece, el peso de los años le abrumba, y su organismo, cual un reloj descompuesto, deja de marcar las horas de la vida, y roto en mil pedazos cae en la tumba para devolver á la tierra los átomos que formaron su ser material y su alma, su alma segun el credo romano, ó se vuelve egoista si es venturosa, ó maldice la hora que supo sentir, si es condenada á las penas eternas.

¡Ah! nó, nó; tal creencia es inadmisibile, es incompatible con la sana lógica y la razon, el hombre no debe morir, debió vivir ayer, y debe vivir mañana. Su presente es un fragmento de su historia, ni se le vé el principio ni el fin. Contemplemos al niño cuando duerme en su cuna; cuando es impotente para ejercer su voluntad, ¡qué distancia tan inmensa hay de su espíritu á su materia! las miradas de algunos niños tienen un algo sombrío, y sin embargo, su boca sonrie ante las caricias de su madre. Pasan algunos años; y el cuerpo del niño se entrega á los juegos de la infancia, y su espíritu muchas veces recuerda lo que fué.

¿Qué son los artistas? ¿qué son los génios precoces? ¿qué son los sábios nacidos de humilde cuna? que sin instruccion de ninguna especie ellos solos se ingenian y aprenden los primeros rudimentos de la educacion del hombre. Todo eso no es mas que trabajo acumulado por su espíritu en sus pasadas existencias; es el eco de una voz que responde al llamamiento que hace su alma al encontrarse prisionera en la cárcel de la tierra.

¡La voz de la humanidad retumba siempre! su vibracion es el himno armonioso que cantan las generaciones al Divino Hacedor. El espiritismo ha venido á organizar la orquesta del Universo, y la voz de ayer, la ha puesto unisona con la del presente, y en duo las dos edades nos cuentan la historia de la humanidad.

Los muertos se levantan de sus tumbas, la resurreccion anunciada se efectúa, los espíritus acuden al escuchar el sonido no de la biblica trompeta; no la del juicio final esperada por las religiones positivas; sino la del progreso universal; cuyos toques repetidos llaman á todos los espíritus desencarnados para que vengan á regenerar la tierra, planeta de expiacion y de prueba.

Los espíritus acuden, y tú mismo ¡oh! Chateaubriand, dirás hoy á los hombres, (si aun estás en el espacio) que los muertos viven, no dentro de su sepultura donde se disgrega su materia; sino á nuestro lado, asociados á nuestros trabajos, guiándonos en nuestras empresas, inspirándonos para ser buenos, otros mas atrasados pidiéndonos un rayo de luz, un consuelo en sus eternas tribulaciones, y todos en fin enlazados intimamente por ese parentesco universal que une á las generaciones de pasadas edades con la humanidad del presente siglo.

No hay separacion, no hay distancia, no hay muerte, todo vive para glorificar á Dios.

En los sepulcros no está el no ser, el silencio de las tumbas es una mentira. Allí dentro de aquellos nichos sombríos, ataúdes pestilentes, la vida rebosa, el cuerpo se disgrega y los insectos viven, y los insectos son una especie de la naturaleza.

Los muertos responden al eterno llamamiento de la vida. La voz de la humanidad resuena siempre en nuestro oído; mas cerca, mas léjos, en lontananza, en todas partes el eco le dice al hombre ¡Vive! ¡Tu destino es vivir! ¡Vivir es creer! ¡creer es amar! ¡amar es progresar! ¡progresar es relacionarse con Dios!.....

No para fusionarse en él, no para confundirse en su eterna grandeza, sino para hacerse el hombre grande, para sublimarse, para divinizarse, y ser digno hijo de Dios.

¡Voz de la humanidad retumba en los espacios! dile á la generacion presente que viven las generaciones pasadas; y tú ¡oh espiritismo! ¡ciencia de los ecos! repite las plegarias de los que se fueron, cuéntanos como viven, se tu el lazo divino que estreche á la gran familia humana.

¡Voz de la humanidad! ¡resuena en los espacios! ¡que tú eres el eco del infinito!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

*Figese el lector en* LUZ Y TINIEBLAS.

I.

¡Luz, Dios mio, luz! «decia un pobre ciego de Alejandria» ¡yo me ahogo! ¡yo no sé por donde voy! ¡esto de no ver es tan triste! ¡es tan horroroso estar siempre entre tinieblas! ¡apiadaos de mí Señor! ¡rasgad las cataratas que cubren mis ojos y me impiden ver y contemplar los vivificantes rayos del sol, las pintadasavecillas, los albores de la mañana, las flores delicadas salpicadas con las gotas de rocío cual preciosas perlas que con sigilo van desapareciendo al contacto del astro luminoso, la naturaleza entera, vuestra inmensa obra! ¡oh Señor, dadme luz, luz que yo vea claro el camino que he de seguir!

De este modo se lamentaba este pobre sér, cuando acertó á pasar muy cerca de él un gran oculista, y compadeciéndose de su miserable estado, le dijo:—No os apureis buen hombre, que con la ayuda de Dios todo se arreglará; venid mañana á mi casa y practicaré las primeras operaciones, á ver si podeis adquirir la vista, para contemplar todo eso que acabais de nombrar.

Atónito quedó el anciano mendigo al escuchar las palabras de aquel protector desconocido; mas reponiéndose un tanto, exclamó:

—¡Señor! ¿quién sois que tan generosamente os prestais á devolverme la vista? ¿Cómo os habeis dignado llegar hasta mí?

—No soy yo el que he venido, contestó el Médico, tú pedias con fervor, Dios ha escuchado tu plegaria y El ha guiado mis pasos hácia tí; si llegas á ver la luz, solo á Dios debes de dar las gracias; yo nada valgo: no soy sino un pobre instrumento del cual Dios se digna servirse; la humanidad entera debe á Dios todo cuanto de bueno la rodea; si algun bien hacemos, impulsados somos por El; si obramos mal, nosotros somos responsables de ello; porque Dios padre amorosísimo, siempre nos induce al bien, á que nos amemos mucho y nos protejamos mutuamente; pero la criatura, sér mezquino y deleznable, siempre tiene el instinto del mal, no fomenta sino el vicio y de aquí nace el orgullo, la ambicion y la envidia, que despues pasa á ser ese gusano roedor de la sociedad que se llama la calumnia. De nada sirve la altivez con los pobres, porque el que tiene pan, es justo que dé al que no tiene; el que luz, que alumbre al que está á oscuras; y el que ciencia, que la enseñe á los demás para que todos participen de los dones del Señor: por lo tanto, amigo mio, si bien hice en llegar á tí, impulsado fui por Dios.

De este modo habló el buen Doctor al mendigo y se despidió de él encargándole no dejase de ir á su casa al otro dia; lo que el ciego deseoso de ver la luz, ofreció y cumplió con exactitud.

II.

Eran las 8 de la mañana; el Sol brillaba con todo su esplendor; ni la mas ligera nube empañaba el firmamento; las aves entonaban himnos de alabanza al Criador, y una brisa suave como el alentar de un niño, hacia mas agradable la mañana.

De una miserable choza, salió tan aprisa como sus años lo permitian, un anciano mendigo; un niño de corta edad le servia de báculo; los dos caminaban silenciosos; tan solo se oia el rumor de sus pisadas por aquellos desiertos campos, ó el aleteo de alguna ave que huia veloz temerosa de que la alcanzara el certero disparo del infatigable cazador.

De pronto, se paró el anciano como para cobrar aliento, y preguntó al niño:

—¿Falta mucho para llegar á la ciudad, Lorenzo?

—Sí, contestó éste; ahora hemos llegado á aquella casa tan bonita donde están aquellos señoritos tan ricamente vestidos.... ¿sabeis?

El anciano se habia sentado y parecia meditar, así es que no contestó á Lorenze

y éste continuó:— Sí, es allí donde me acerqué aquel día que no habíamos recogido ninguna limosna y con lágrimas les pedí un pedazo de pan, y fueron, y en vez de pan, me soltaron los perros riéndose de la ocurrencia al verme correr cayendo y levantando. ¡Qué mal corazón! ¿Es verdad buen Antonio?

—Sí, tienes razón; muy malos sentimientos son esos; pero como la generalidad de los ricos miran con desprecio á los pobres y temen el rozarse con ellos porque se creen envilecidos, no me extraña nada de esto; y así diciendo, se levantó para proseguir su marcha, luego continuó:— Ya sé que á los pobres nos está vedado el acercarnos á los palacios, porque en medio del lujo que ostentan, nuestros miserables harapos ridiculizarían la sociedad y pondrían de manifiesto la tristísima pero verídica realidad; así, no pisando sus suntuosos salones, solo brillan sus riquezas á la luz del Sol, y nuestra miseria queda envuelta en la oscuridad de una miserable choza ó algun húmedo subterráneo.

Aquí llegaba la conversacion, cuando Lorenzo dijo: ya estamos en casa del Doctor, y llamaron.

Una señora ya entrada en años, les recibió con esa fina y franca amabilidad que solo poseen las almas puras y sencillas, (la cual dista mucho de esa refinada hipocresía que tanto abunda en los salones de la alta sociedad).

D.<sup>a</sup> Soledad, era uno de esos seres que sin embargo de pasar mil vicisitudes, se ocupaba mas de las desgracias ajenas que de las suyas propias; educada desde su mas tierna edad en la ley de Dios, siempre se la vió alegre y resignada: á los 18 años, vió desaparecer de la tierra en quince dias, á sus padres, quedando huérfana en esa crítica edad en que la mujer necesita mas apoyo; y Soledad al verse así, levantó los ojos al cielo y elevando su espíritu á Dios, formuló una oracion suplicando que no la abandonara, y Dios escuchó su ruego; porque despues de algun tiempo en el cual Soledad habia pasado una continuada lucha de amarguras, Dios premió sus virtudes concediéndola un esposo honrado y cariñoso. Pedro, tenia la carrera de médico, y tanto por su bondad cuanto por su excesivo celo para sus enfermos, se captó las simpatías de muchos en poco tiempo.

Este matrimonio tuvo cinco hijos, los cuales en union de sus padres, eran modelos de virtud.

Soledad bendecía á Dios por haberla concedido un esposo y unos hijos tan buenos: era completamente feliz en la tierra; pero como todo tiene su límite en el mundo y todos venimos á pagar deudas atrasadas, para de este modo depurarnos, Soledad no tuvo otro remedio que saldar sus cuentas, y con una serenidad admirable, soportó la dura prueba de ver desaparecer de éste mundo en pocos dias á su esposo y cuatro hijos, quedándole el mayor que solo contaba 13 años, es decir, Soledad vió desvanecido en pocos momentos el cielo de su felicidad, como vemos desaparecer el dia y llegar la noche, como si en un dia claro y sereno apareciesen negros nubarrones, los elementos se alborotáran y se desencadenase la mas horrisona tempestad; así Soledad vió huir aquel horizonte sin nubes que formaba su mas bello paraíso.

Pasado el primer momento, volvió á suplicar á Dios y no fué menos atendida: su hijo Pedro, fué para ella el bálsamo consolador que cicatrizó las heridas de su corazón; amante de la ciencia y de hacer bien á la humanidad, creció aquel jóven corazón con esa delicada sensibilidad del alma, que tan bien le supo inculcar su virtuosa madre; estudió con afán la medicina y se fijó mas en el órgano de la vista, comprendió que el no ver, era una de las enfermedades mas penosas que pesaban sobre la humanidad y se decidió á dar la luz material con su ciencia ilimitada y la luz moral con la práctica de sus virtudes.

Soledad y Pedro, amaban á la humanidad entera y se habian creado una familia particular, á quienes amaban con preferencia; esta familia, eran todos los pobres que Pedro encontraba ante su paso, ó mejor dicho, buscaba; porque siempre se le veia pasar por los barrios mas miserables, acariciar á los niños que iban desnudos, dar limosnas sin que nadie lo notase, estudiar con solicitud sus enfermedades y convertirse en verdadera Providencia de los pobres.

Una vez le pregunté un amigo suyo, como era que los ricos siempre le tenían que buscar, y los pobres por el contrario, siempre le tenían entre ellos; que no sabia como no le perjudicaba aquella atmósfera tan nauseabunda; á lo que Pedro le contestó con naturalidad: los ricos siempre pueden llegar hasta mí; su dinero, les facilita el medio de buscar un médico sea el que quiera, los pobres tienen la valla de la miseria que les impide acercarse á mí y les pone en la dura necesidad de sufrir por falta de recursos, y comprendiendo esto mismo, salto esta valla y llego hasta ellos, convencido de que obrando así, practico la divina ley de Dios; amor y caridad para todos y en particular á los pobres, porque el desnudo, necesita mas abrigo que el que está vestido, y el hambriento, mas pan que el que está harto; y respecto á lo que me dices de aspirar su atmósfera, prefiero esta llena de miseria, que el incienso y perfume que se aspira en la alta sociedad; porque generalmente la riqueza, esconde mucho vicio, y este ambiente entorpece los sentidos; la miseria, siempre pone de manifiesto la virtud y como esta es una luz tan pura, sus rayos penetran en nuestro corazon insensiblemente y nos hace conocer la sublimidad de su pureza.

Así se expresó el Doctor; y conociendo su alma generosa, no es de estrañar que hiciera con el buen Antonio una cura casi milagrosa; la cual tenia atónito al pobre mendigo que siguió instalado en casa del Doctor hasta hallarse restablecido completamente. ¡Oh! si hubiera muchos oculistas como Pedro, cuanta luz derramarían entre la humanidad, ahuyentando las tinieblas de errores pasados.

### III.

Un mes habia pasado desde el dia en que el pobre mendigo fué á casa del Doctor: los dos sonreían; el uno porque habia adquirido la vista, el otro porque habia proporcionado un bien; los dos se estrecharon la mano fraternalmente y se separaron el uno lleno de gratitud, el otro con la esperanza de poder hacer otra obra mas meritoria.

Lorenzo quedó al lado de Pedro y de Soledad, á quienes trató siempre con el mas profundo respeto; y en cuanto pudo ganar algo, lo destinó para el buen Antonio; pues Lorenzo era agradecido y se acordaba que el pobre ciego habia procurado mas por él que por sí mismo.

¡Oh, dichosos mil veces estos seres que tan bien supieron cumplir con su deber!

Si todos los médicos curasen como Pedro, si todas las madres educasen á sus hijos como Soledad, y si todos los que reciben favores, fuesen agradecidos como Antonio y Lorenzo, podríamos decir que la humanidad sería casi perfecta y habria dado un paso más en el progreso universal, pero desgraciadamente no es así; hay muchos ciegos, y pocos que puedan dar la vista, ó mejor dicho se niegan á darla; la mayor parte de las madres, descuidan la educacion de sus hijos, y hay millares de millares de seres, que son desagradecidos en alto grado; así es, que cuando reflexiono esto, no puedo menos de esclamar:

¡Siempre nos dás luz, Dios mio

con incansable afición,

y tinieblas y desvío

nos dá nuestro corazon!

¡Oh! cuán misero es el hombre,

que no aprende en tu grandeza

nada que justo se nombre,

ni un átomo de nobleza.

Por esto la humanidad

si no vé el Espiritismo,

vivirá una eternidad

en completo oscurantismo.

¡Oh! seamos un poco mas pensadores alumbrémonos con la luz de la verdad, disipemos las tinieblas de errores pasados, seamos los oculistas de la humanidad, rasguemos las cataratas que la cubren, para que libre de ellas, pueda admirar la belleza de la divina luz, practicar la ley de Dios y llevar siempre por lema; ciencia, caridad y amor.

CÁNDIDA SANZ.

Barcelona y Junio 12 de 1879.

(De interés) — A LAS MADRES.

¿Qué mision puede tener la mujer que sea mas digna que la de la madre? Consagra todos sus cuidados á la educacion de esos seres que la Providencia le ha confiado para que les enseñe á pasar con planta firme la espinosa senda de la tierra; por ellos empieza á sentir un amor tan suave y puro cual la gota del rocío que embellece las hojas de una perfumada rosa, su acento al dirigirse á aquellos pedazos queridos de sus entrañas, penetra en el fondo de sus almas cual las notas arrancadas á un arpa melodiosa, cuyos acordes transforman nuestro sér hasta lo desconocido; no hay armonía mas dulce que la que despiden los lábios de una madre al posarse en las sonrosadas mejillas de aquel hijo querido en el cual ha cifrado todos los encantos de su sér.

La madre es la bella poesía de nuestra alma.

Ella nos hace conocer la senda de la virtud.

Ella nos enseña á comprender á Dios dándonos una idea aproximada de su misericordia infinita.

Ella nos induce á perdonar á nuestros enemigos.

Ella despierta constantemente nuestro corazon para que comprendamos los deberes para con nuestros semejantes.

Ella y solo ella es la que guia al hombre por la senda de la virtud.

La madre es el sér á quien la Providencia ha encomendado el deber sacrosanto de enseñar á sus hijos que deben perdonar si quieren ser perdonados.

¡Pobres madres! ¡Cuánta ternura inculcais en el corazon de vuestros hijos! ¡Con cuanto amor velais su dulce sueño! ¡cómo se fijan vuestras miradas en aquel sér querido contemplando la sonrisa angelical que se dibuja en sus tiernos lábios!

Cuanto y cuanto velais para que las embravecidas olas de la tempestad de la vida no hagan zozobrar aquella débil barquilla que no tiene otro timon que vuestro solícito cuidado; os inspira una celosa inquietud la brisa que suavemente acaricia su frente angelical; temeis la muerte por no dejar en la tierra aquella débil flor, pues harto comprendéis que sin el riego fecundo de vuestro amor, los furiosos vendavales de la tierra esparcirian por el suelo aquellas hojas delicadas que solo la pureza de vuestros cuidados conserva en su lozanía. ¡Pobres madres! santa es vuestra mision, vuestros solícitos cuidados están saturados con el aroma bendito de vuestro amor; tan dulce celo conserva á vuestros hijos felices, sonrientes, porque su planta no se ha ensangrentando aun con los abrojos de la vida; llorad, madres, si veis próximo vuestro fin, llorad, pobres mujeres, no por vosotras, si por aquellas flores que dejais en este valle de lágrimas.

Si habeis cumplido con vuestra mision en la tierra, gozareis para siempre de las bellezas que Dios guarda para los que han sabido apurar el cáliz del dolor hasta sus últimas heces; vosotras habeis cumplido vuestra condena pero vuestros hijos quedan aquí cumpliendo la suya, desde allí contemplareis sus pruebas con amargura, les vereis sumergidos en el cenagoso mar del desengaño, mirareis su destino cubierto por la sombra dudosa de la apariencia, su inocencia será desconocida del hombre, aquellos perfumes que habiais guardado en el santuario de vuestro amor maternal, les

vereis salpicados por el lodo de la calumnia, aquellas hojas que tanto habiais fecundizado con el raudal de vuestra ternura las contemplareis sirviendo de seca alfombra á una muchedumbre que febril se agitará para poder pisotearlas á su sabor envueltas en la dudosa capa de la suposicion; aquella brisa suave que inspiraba á vuestra alma inquieta zozobra convertida en tempestuoso huracan arrastrará por la pendiente de la desgracia la flor que fué el embeleso de vuestros solícitos cuidados.

Vereis á vuestros pobres hijos luchar continuamente con los elementos de la tempesta bravia; su corazon ansioso de dar forma real aquel deseo que de amor inculcastes en su tierna alma, os enviará una mirada envuelta en una pregunta.

«¡Madre mia!—os dirá—¿dónde está aquel sér real que forma el complemento de aquel amor que me inculcastes, á quién en la tierra enviaré las emociones puras que me enseñaste á sentir?..... Tiendo mis amantes brazos á un puñado de séres que ayer me brindaron sus caricias y estos decantan hoy sus halagos porque las falsas apariencias les llaman á su numeroso bando».

¡Ah! cuán dulce es vuestra mision, pobres mugeres, y cuantas amarguras atraviesan vuestra alma maternal! veis sufrir á los séres que dejásteis en la tierra, con ellos sufrís cuando estais á su lado, compartís con ellos vuestros goces (si los hay en la tierra), ausentes de ellos guardais parte de las felicidades que Dios os concede, para cuando lleguen los huérfanos que en este pobre suelo gimen sin encontrar un eco amigo que repita sus lamentos.

Madres, un sér desgraciado, una de esas flores agostadas por el caluroso sol del desengaño, os dirige sus apenados lamentos, y si el débil consejo de esa alma que se reclina en un lecho de punzantes abrojos, encuentran cabida en vuestro corazon será un lenitivo que si bien no cicatrizará sus heridas por ser ya muy inveteradas, derramará en ellas un bálsamo consolador por lo que pueda aliviar á sus semejantes; decidles á esos espíritus: que guarden dentro del santuario de su alma el precioso aroma de sus sensaciones; enseñadles á amar al hombre no por lo que es hoy, por lo que será mañana: decidles á esos tiernos ángeles que su amor lo guarden íntegro para disfrutarlo en la mansion que la Providencia depara á sus hijos al final de su penosa condena, enseñadles la doctrina consoladora que hoy empieza á estender sus discos de oro sobre la tierra, pues solo en la creencia del cristianismo puro encontrarán una tregua para su afligido espíritu: decidles que las lágrimas que hoy abrazan sus pupilas son la justa espiacion de su ayer; no les digais, no, que la tierra pueda dar forma real al ideal que su alma alimenta; enseñadles á ir á Dios por la caridad y la ciencia, pero no por esa caridad que solo es solidaria de la mas patente certeza, no, aquella que disipa la densa sombra de las apariencias, aquella que es benévola para la realidad de la desgracia, que disipa la negra nube de la suposicion, que analiza los hechos de la vida del sér, y si son culpables los perdona, y si son hijos de esa forma gigante llamada malediscencia los destruye colocando la víctima en la pirámide de la inocencia.

Madres que cifrais vuestro amoroso anhelo en ver la pura frente de vuestros hijos coronada con las siemprevivas que de vuestra alma arrancásteis; si estas las quereis ver siempre lozanas cual vuestro amor maternal las cobijó; enseñadles á vuestros ideales queridos á esperar en la Providencia divina; decidles constantemente que en la tierra, el espíritu viene á cumplir su mision que solo con lágrimas puede borrar las páginas sangrientas de su historia, que aquí se baja á llorar y allí se sube á gozar eternamente.

Yo por mi parte, Madre mia, guardo para tí el raudal inmenso de aquel amor que en los primeros años de mi infancia inculcaste en mi corazon; tú sembraste la semilla, justo es que para tí sea su fruto; cuando la ingratitud de los hombres arranca á mi pecho do'orido un profundo lamento, pienso en tí, á tu recuerdo querido dedico mis lágrimas, tu memoria mitiga mis sufrimientos, contemplo tu imágen seductora, infundiendo en mi corazon la fé en Dios y el perdon á los que con los abrojos que colocan en mi camino me hacen mas digna de la mansion del justo.

Madre mia, muy amarga es la existencia de algunos huérfanos en la tierra, ¿pero qué importan nuestros sufrimientos comparados con la creencia que nos reuniremos para no separarnos jamás?

A vosotras, pobres mujeres, á quienes cabe la santa mision de educar á vuestros hijos, dedico mi humildísimo escrito, y ojalá pueda con él levantar un eco en vuestros corazones induciendo á vuestros hijos á cumplir en la tierra con sus semejantes, no porque se lo hayan de agradecer los hombres, si solo para ver su conciencia descansando en una tranquilidad perfecta, inalterable al embate de falsas suposiciones que pretendan conturbarla.

No importa que se agite sin cesar la tempestuosa corriente de la malediscencia, mas tarde asomará el iris de la bonanza tendiendo sus rayos dorados sobre la cabeza del inocente.

#### ENCARNACION DEL RIEGO.

Barcelona 1.º Junio 1879.

#### PÉSAME.

Se lo damos á nuestro querido y avanzado colega *El Diluvio* por haber sido condenado á treinta dias de suspension por el fiscal suplente del Tribunal de imprenta. Adelante, querido compañero, que los dias pasan, y las ideas quedan; para estas no hay suspensiones en la tierra.

#### PENSAMIENTOS.

La razon del hombre, se parece al globo en que habita: la mitad está sumergida en las tinieblas, cuando la otra mitad está iluminada.—*Robespierre*.

El corazon del hombre necesita resortes, y en medio del infortunio, es poderoso resorte la esperanza.—*Balmes*.

El tiempo arruina pronto las cosas terrestres y borra sus vestigios; pero no borra jamás las huellas del primer amor en el corazon que ha atravesado.—*Lamartine*.

Cuando un hombre se levanta sobre todos los hombres de su época, van tras él los espíritus mezquinos, como suben tras el sol del invierno los vapores de la tierra misma que ilumina, á empañar su brillantez.—*Eduardo Cháo*.

La vida es un rosario en que los momentos de dicha y amargura están por lo ménos alternados; y el filósofo debe pasarlo sin embriagarse en la dicha ni abatirse en la desgracia.—*Obrié*.

Cada cual tiene alguno á quien fia tanto cuanto le fiaron á él; y de aquí como la lluvia recibida en los tejados, corriendo de teja en teja, de canal en canal, viene á parar á la vía pública; así, diciéndolo uno á otro, siempre debajo de silencio, lo que para cada uno es secreto, viene á ser murmullo de todo un pueblo.—*Fabiano Estrada*.

La juventud es una embriaguez continua, y la fiebre del corazon.—*Larochefoucauld*.

Los génios precoces no tienen infancia.—*Laromigiere*.

La senda de la verdad, solo se distingue con la antorcha del génio.—*Benito Altet*.

Sembrarás la tierra seis años y cojerás sus esquilmos; pero al séptimo la dejarás descansar, para que los pobres del pueblo coman de lo que ella dé; lo mismo harás con tu viña y tu olivar.—*Moisés*.

La fortuna es á menudo el resultado de circunstancias especiales, de conocimientos aislados ó de mucha economía; pero siempre es obra de algun saber, y jamás de la ignorancia, porque en moral como álgebra, nada dá nada.—*Olabarria*.

La vida del hombre es un donoso mosaico, pero compuesto de piedras falsas; toda ella es una farsa ridícula, que mientras haya hombres, seguirá representándose en este pícaro mundo.—*Wenceslao Ayguals de Izco*.